

Literatura de la imaginación, ¿un escape o subversión?*

Magali Velasco Vargas**



Retablo de San Bernabé, Detalle. Florencia, Uffizi

Este título es una excelente provocación no sólo al género de lo fantástico sino también a las genealogías críticas. Alberto Chimal es quien ha puesto en circulación el término "literatura de la imaginación" y la precisa así: "Toda narrativa necesita de la imaginación, pero esta época define su literatura realista a partir de su distancia de la imaginación: de su fidelidad con una sola imagen preestablecida de lo real. *La literatura de imaginación* hace todo lo contrario: molesta a las mentalidades rígidas, incomoda y asusta a quienes creen en dogmas, encanta, maravilla y busca los caminos nuevos del pensamiento aun ante el riesgo del fracaso o de la locura". En este primer acercamiento a una

definición, Chimal se cuida de introducir términos que son los vehículos disociadores, por ejemplo, la palabra "sobrenatural", "extraordinario", "fisura de la realidad", "irrupción de lo insólito", "anormal-paranormal". De haberme topado con alguno de estos conceptos acompañando aquello de "molestar las mentalidades rígidas", "incomodar", "asustar", "maravillar", "dogma" y "locura", francamente no encontraría diferencias cardinales entre la Literatura de la imaginación y la Literatura fantástica en sus representaciones clásica-romántica y moderna. La tesis de Alberto Chimal descansa en una reflexión contextualizada: "Lo que habitualmente se llama literatura fantástica tiene dos pro-

blemas en México. El primero es que nuestra cultura tiene un carácter autoritario que se remonta al menos hasta la época de la Colonia, que se ha transformado con el tiempo, y que ha llevado a los poderes del país, en sus diferentes etapas y encarnaciones, a buscar siempre el modo de construir e imponer su propia idea de *lo real* [...] El segundo problema es que, en nuestra época presente, las palabras “literatura fantástica” nombran una categoría equívoca: la mayor parte de la gente las escucha y piensa en un tiempo muy preciso de historias de entretenimiento, en general importadas de los países desarrollados, que utilizan una serie de temas y escenarios muy particulares (magos, vampiros, etcétera) y en las que cuenta sobre todo el juego con ciertos argumentos tradicionales...”.

Me detendré en estos dos puntos.

1.- En México la crítica literaria ha privilegiado el estudio y lectura de obras de corte realista, atendiendo a las necesidades de re y deconstrucción de lo nacional, la isotopía de la tierra basta y ruda en contraposición con la ciudad hiperborizada y, últimamente, las formas de la violencia pero desde el pedestal de lo “real”. Paradójicamente, tal como apunté en su momento en mi libro *El cuento: la casa de lo fantástico* (2006), resulta que nuestros escritores han sido fieles reproductores de la poética de lo indecible, es decir, de los temas mórbidos cuyos mecanismos desmantelan “buenas conciencias”. Los autores y autoras del siglo XXI en cine o en literatura (sigo en México) cuyos temas y ficciones necesitan de la estética de lo fantástico, lo maravilloso o la ciencia ficción, se enfrentan con las mismas vicisitudes que un día sorteó Arreola, o la escuadra militante del sur (Borges-Ocampo-Bioy), o más atrás aún, Hoffmann; todos ellos vituperados en algún momento por “distraerse” con esa literatura de evasión, no comprometida, no seria, no real. Para no polemizar en lo que se supone debería estar más que rebasado, basten tres ejemplos contemporáneos para observar cómo los temas fantásticos se han revitalizado en la narra-

tiva mexicana, pese al aparente escaso interés de lectores: *Asesinato en la lavandería china* (2002), de Juan José Rodríguez, *Los cuervos* (2005), de César Silva Márquez, y *El mecanismo del miedo* (2010), de Norma Lazo. En la primera novela, Rodríguez recupera la figura del vampiro dentro del mundo del crimen organizado, creando así unos narcovampiros realmente entrañables, cursis y seductores. *Los cuervos* resulta una metaforización de la figura del vampiro como agente de la violencia vivida en Ciudad Juárez. Lazo, por su parte, rinde culto a la *ghost-house*, al gótico doméstico alimentado de un tema terrorífico de hoy y siempre: el secuestro de niños.

Coincido con Chimal en la idea de que nuestra realidad no es más grande que cualquier ficción. La literatura, la visionaria, ha decantado la quintaesencia de problemas sociales complejos, ha vaticinado metafórica y simbólicamente los terrores modernos. Pienso en *El retrato de Dorian Gray* (1890), de Oscar Wilde, una novela finisecular cuyo vórtice resulta del hedonismo y el narcisismo; Wilde reedita varias veces esta novela crispada de fantasmas y nostalgias conservadoras y varias veces la crítica hizo escarnio de ella tildándola de novela indecente, escandalosa, escandalosamente homosexual y lasciva. En *La era del vacío* (Gilles Lipovetsky), el decadentismo ha dejado en el baúl a sus dandis, en siglo XXI la androginia, la metrosexualidad, la juventud eterna, el exceso y el bótox, pueden recordarnos la pintura corroída de Dorian Gray. Wilde lo sabía todo: más viejos, más bellos y a la vez más monstruos. (Y los monstruos están de moda).

2.- Respecto a la recepción / confusión del género: *El Horla*, *Clarimonda*, *Chac Mol*, *La bella durmiente*, *La guerra de las Galaxias (toda la saga)*, *El hobbit y el señor de los anillos*, *El príncipe feliz*, *Carta a una señorita en París*, *El dinosaurio*, *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, *La casa de los espíritus*, *La caída de la casa de Usher*, *Casa tomada*, *Crónicas marcianas*, *El hombre de arena*, *El hombre invisible*, *El hombre lobo*, *La señorita Julia*, *El aleph*, *El crepúsculo (toda*

**La literatura,
la visionaria, ha
decantado la
quintaesencia
de problemas
sociales complejos,
ha vaticinado
metafórica y
simbólicamente los
terrores modernos.**



La virgen de Magnificat, Diám. 115 cm. Florencia, Uffizi

la saga), *Harry Potter (todas las películas)*, *Drácula*, *Nocturno de Bujara*, *Frankeinstein*, *Dr. Jekyll y Mister Hyde*, *La metamorfosis*, *El gato negro*, *Aura*, *Pedro Páramo*, *Cien años de soledad* y *Nadie los vio salir*. Esta es una lista melcochada que haría temblar de nervios a cualquier taxidermista en literatura fantástica. Sí, en efecto, disuadir fronteras e intentar con espíritu bibliotecario limitar lo extralimitado, no ha sido tarea fácil y por ello el acervo teórico-crítico en torno al género fantástico ha sumado a sus filas ensayos en su mayoría iluminadores no sólo sobre la fortaleza del discurso de lo insólito, sino sobre la condición humana. Pero la academia se queda con los académicos y el resto de los lectores no tienen que andar con un manual de cómo clasificar lo que leen o ven en el cine. Cada creador asume sus responsabilidades, complejos

y ansiedades históricas como puede: con vampiros, sin vampiros, con cuervos, con ángeles, con monstruos o con conejos, esos serán sus vehículos metafóricos.

Dudo que la literatura fantástica y la literatura de ciencia ficción (ambas subversivas y liberadoras, ambas tendientes a una distopía) precisen de nuevos términos. Ya los hay en demasía en los anaqueles teórico-críticos. Imaginar (dice la DRAE) es la facultad del alma de representar imágenes de las cosas reales o ideales. ¿No es acaso la literatura toda un acto de encuentro con el Otro, con lo ideal, con lo terrible y lo imposible real?

*Texto leído en la mesa "Literatura de la imaginación: ¿un escape?", organizada por el INBA el 30 de marzo en el Palacio de Bellas Artes.

**Docente de la Universidad Veracruzana en Jalapa, Veracruz.